

EL RETABLO DEL SACRIFICIO Y DE LA GLORIA

Por RAFAEL MAYA

Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Bogotá-Colombia.

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

En el sesquicentenario del Sabio Caldas, celebrado con discreto esplendor, puede afirmarse que el mejor homenaje lo constituyó el poema escrito con tal motivo por el maestro Rafael Maya. Algunos simuladores de ingenio, poetas de pacotilla, sin ninguna fuerza lírica en su macilenta obra, adujeron en contra del poema, la extensión del mismo. Recurso de inválidos mentales, incapaces de una tarea lírica de profunda resonancia. cuando la verdad sea dicha, lo cierto es que este poema constituye una arquitectura sólida, bella, en la cual el maestro Maya nos va conduciendo por relieves, ceños, imprecaciones, esbeltas teorías, lámparas de sacrificio, que envuelven la vida y la obra de Caldas. Ninguno de nuestros poetas hubiese podido acometer una obra de la calidad, temperatura, densidad y belleza de este sonoro canto, digno de la gloria de Caldas. Porque Rafael Maya es hoy el poeta vivo más grande de Colombia. Su tradición literaria está asentada sobre bases sólidas, de granito. Llegan y pasan las escuelas literarias. Los imitadores calcan pensamientos que vienen de otras vertientes literarias, simulan, sofistican, pero su tarea es inútil porque carece de toda raíz de originalidad. No así Maya. Examinar el cuerpo de sus poemas es asistir a una transfiguración de formas, a un trabajo creador, con sus naturales limitaciones. Es un poeta que extiende las palabras hasta el límite máximo de su dinamismo creador. Nunciador, halla analogías verbales sorprendentes.

Este poema acrece los positivos méritos de su obra literaria. Que nó se ha hecho a base de ruidosos linotipos, de canje de elogios, sino que tiene sus propias aristas, sus formas mentales, su resplandor.

Leamos el final de este poema a Caldas, una obra en la cual el himno alcanza los más altos tonos y las encedidas ráfagas de la llama devorante:

**¡Caldas! ahora duerme en la urna de mármol
que tu ciudad custodia. Tus fértiles cenizas
sienten, desde ese día, la tibieza materna.**

**Alzadlas, colombianos, llevadlas sobre el hombro
para tocar con esa maravillosa urna
las sólidas columnas del alto Capitolio,
las puertas de la iglesia, las rejas del cabildo,
los muros de la cárcel y el atrio de la escuela.
Tocad todas las puertas, con honda piedad cívica,
y repetid delante de aquel sagrado cofre:
No es esta la volátil escoria de la muerte.
¡Esta es la patria misma transfigurada en gloria!**

**Y en el nombre de Dios aquí acaba mi canto
¡oh Francisco José de Caldas y Tenorio!
cuya memoria guardan los astros en la altura
y cuyo nombre escriben las flores en la tierra.**